

### *La gente colecciona objetos extraños*

Siempre hablaron bien de él, especialmente sus vecinos humanos, a pesar de que los que mejor hablaban eran los mapaches que vivían en su escondite del sótano. Rubén sabía que se encontraban allí y les permitía el “alojamiento”, les llevaba comida de noche y de vez en cuando acariciaba a las crías de pocos meses cuando escapaban de los brazos de sus padres.

Siempre hablaron mal de él en el centro del pueblo (qué le vamos a hacer, las marujas son así; aunque no sólo ellas, sus maridos maquinistas no se diferenciaban en temas de conversación).

Rubén nunca molestó a nadie, no fue mala persona ni hizo daño a los seres vivos... lo que más se escuchaba sobre él era que se trataba de un tipo raro (y ese tema se estiraba sin cesar, rellenaba muchas horas muertas de chapurreo en sillas con cojines sacadas a la calle). Tenía cuatro árboles en el jardín de la altura de cuatro gigantes, todos con troncos muy gordos y muy sanos, con un color verde en sus hojas que hacía envidiar a cualquiera que pasara por delante.

Cuando me preguntan el por qué de sus rareza, me remitía siempre a estos cuatro grandes a los que hablaba por las noches (según decían), les contaba historias de personas desconocidas (reales o no, los demás jamás lo averiguaron) y no permitía que nadie se acercara a ellos, ni siquiera a los mapaches, que le cayeron en gracia desde el primer momento.

Supongo que todo cambió el día en el que el viento trajo desde el este margaritas. Las arrancó de algún prado y vinieron volando hasta nuestros jardines. Rubén me contó que su mujer falleció el mismo día en que floreció la rosa naranja que plantaron juntos cuando nació su hija y, en el mismo instante en que vi los pétalos blancos, supe quién llamaba a su puerta.

Vino su sobrina, una muchacha joven, dicharachera, amante de los animales (como no cabía otra) y con quien pasaría hasta el último de mis días jugando a las cartas en un porche que construimos de mala manera. Aunque yo tuviera mucho cariño a aquel viejo cabezota, sonriente e irremplazable, la chica consiguió calentarme el corazón de forma semejante a cómo él lo conseguía (a pesar de que entre Rubén y yo se interponían partidas interminables de ajedrez).

Mi día lo anunció una rana, al pegar tres brincos seguidos a cada cual más alto que el anterior. Se transformó en un día especial, no porque yo fuera a servirle de abono a los matojos que crecían en el cementerio entre los féretros de piedra, sino porque me reveló el secreto del anciano. Si fuera bueno o malo, no sabría qué decir, aunque no funciona como una brújula moral y cada cual puede y debe tener su propia interpretación y juicio.

-Mi abuelo adiestró a los mapaches. Los padres se llamaban Pin y Ce y las crías Jo, Nate, Lin y Se, así eran fáciles de llamar. ¿Viste que tenía una camioneta? Pues de noche las subía en la parte de atrás y se iba por los pueblos. Le debiste ver también con un periódico siempre en la mano, sin quitarse las gafas de leer... Repasaba una y otra vez las esquelas del día. Cuando caía el sol, mi señor abuelo, ahí donde le ves, decidía que era un gran momento de convertirse en un personaje de cuento decimonónico e iba a los cementerios donde acababan de ser enterradas las personas que aparecían en las páginas impresas. Los mapaches le ayudaban a excavar.

»Llevaba un pequeño bisturí esterilizado, de su época de prácticas anatómicas, hacía una hendidura en los brazos y sacaba un tendón de cada uno de ellos. Se los traía a casa y los introducía entre las vetas de los troncos. Se terminaban deshaciendo y Rubén creía que los restos humanos, de alguna extraña forma, se unían con la naturaleza, se transformaban en algo nuevo, fuerte y duradero.

-¿Y ahora te encargas tú? ¿Por eso viniste?

La chiquilla asintió.

-¿Crees que podría ir en mi última noche contigo a hacerlo? -pensé en acompañarla y volver a sentirme viva, volver a sentir a Rubén, una suerte de memoria presente.

Su nieta se mordió el labio, se lo pensó unos instantes pero acabó asintiendo, esbozando media sonrisa torcida.

-¿Y sabes por qué hacía todo eso? -quise saber.

-Su mejor amiga, Yaqui... Falleció sola y no se cumplió su última voluntad. Todo esto es su manera personal de rendirle justicia.